

DON JOSÉ, PEPE Y PEPITO

Como todos los años, la fecha del 19 de Marzo, es de las que más esplendor revisten.

El Santo Patriarca y Seráfico carpintero tiene muchos devotos, y no pocos de su nombre, y así se explica que las fiestas onomásticas abundan que es un primor en este día y en este país, donde la mayoría somos, sino tocayos de Pepino el Breve, como dice un historiador amigo mío, unos Pepes de primera fuerza.

En casa de D. José se celebra la reunión de todos los años y que ya nos sabemos de memoria.

El dueño de la casa, con un frac de la época en que se proclamó la constitución del año 12—precisamente cuando se festejaba en el campamento francés el santo de *Pepe Botella*—, verifica una recepción anual y da como un especie de besamanos con pastas de á pseta el quilo y aguardiente de Zamora.

¡Y poco orgulloso que se pone él cuando empiezan á llegar las señoras de sus subalternos, porque D. José es jefe de negociado de cuarta clase con ascensor, y principian á hacerle reverencias y genuflexiones!



Pues, ¿y cuando llega la hora suprema de abrir las puertas del comedor para ofrecer á los atónitos ojos de los invitados el admirable espectáculo de las bandejas llenas de pastas? Entonces los ojos de D. José brillan de gozo, le tiembla la barba y hasta el frac parece que se rejuvenece.

Hasta el año en que se repita aquello de hace tres: que entre el gato y dos perros de confianza, dejaron limpia la mesa, y al abrirse las puertas del comedor no quedaban ni las bandejas.

Otros celebran su santo fuera de casa.

Pepe, por ejemplo, el ebanista, todos los días de su santo y muchos de los santos de los demás, los celebra tomando unas copitas en el merendero de la Pepa y luego emprende el regreso cantando y teniendo infinidad de incidentes en el camino.

Como el del otro día, en que se le ocurrió gritar en presencia de un guardia de orden



público y de mal genio: «¡Viva la Papa!», y si se descuida le decapita el agente autoritario, creyendo que era un grito subversivo.

También ahora celebra su aniversario, como él se dicé, por haber nacido en el propio día de su santo, el ex subsecretario, diputado y soltero, *Pepito*, á quien así le llaman todavía, á pesar de sus cincuenta y tantos años, algunas viudas casaderas y algunas pollitas deseosas de casarse.

Eso sí, él, que permanece todavía ajeno al amor, está muy bien conservado y aunque algo calvo, con la barba teñida y el bigote de circunstancias, todavía puede pasar por un joven relativo.

Como soltero, recibe en su casa á dos ó tres amigos y luego se va por ahí á recorrer las de varias Pepitas donde hace chistes y organiza algún juego de prendas.



Y nuestro hombre se cree feliz cuando alguna niña le dice cariñosa y familiarmente:

—Pepito, á ver si nos reímos de usted un rato.

Y Pepito es capaz de cualquier cosa con tal de que se le rian, y luego dice en el Círculo;

—Nunca me divierto tanto como el día de mi santo... en casa de las de Pérez se jugó á las prendas y yo me pasé toda la tarde sentenciado á hacer el burro.

Candela

EL TÍSICO

ENSUEÑOS

Después de un violento acceso de tos que pareció agotar sus ya aniquiladas fuerzas, Pablo se dejó caer sobre la almohada sin alentar apenas y empapado en sudor. Quedóse dormido.

Y después de un momento de reposo, ante su imaginación calenturienta se presentaron bellos paisajes.

Campos, flores, árboles de oxígeno, arroyuelos que arrastran aguas cristalinas, casitas de blancura nivea cuyas paredes casi se ocultaban tras la trepadora yedra ó las varas de un rosal... Todo esto veía Pablo en su sueño.

Y también se veía á sí mismo sentado á la puerta de una casa disfrutando del fresco de la mañana, antes de que el sol caldee los ver-

des campos, saboreando un vaso de rica leche ordeñada de aquellas vacas que allá á lo lejos se las veía pacer.

La casa es suya, y dentro de ella ha reunido todo aquello que pueda proporcionarle comodidades.

Ni alimentos, ni vestidos, ni lo más insignificante que su familia desee, falta en aquella casa.

Sus pequeños hijos, encarnados como la grana, alegres como los pajarillos, sólo piensan en jugar, en correr por aquel campo tan bello...

Su mujer y su hija mayor, gruesas y sanas, cantan, probando con esto que ha desaparecido de su ánimo aquella tristeza que tenían constantemente en Madrid.

Y en cuanto á él, ya no tiene aquella tos pertinaz que le destrozaba el pecho y la garganta; ha recuperado sus fuerzas, de su rostro ha desaparecido el color que le amarilleaba, sus ojos tienen una expresión alegre y ya no se fatiga al andar, pudiendo dedicarse á la caza de conejos y perdices.

Y esa maravilla, casi milagro, de dar vida á quien tiene más de cadáver que de ser viviente lo ha realizado el campo, en el que se encuentran los gérmenes de la fuerza y de la vitalidad.

AL DESPERTAR

Un nuevo y violentísimo acceso de tos le hizo volver á la realidad de las cosas.

¡Adiós, verdes campos, flores, árboles de oxígeno, arroyos cristalinos, ideales casitas!.. Todo fué un sueño, una alucinación, hija del deseo que tenía de respirar el aire de los campos.

La realidad, lo que ve claramente estando despierto, es á su familia anémica, pronto á ser víctima como él, de la implacable tisis.

A su alrededor todo respira pobreza; los vestidos de su esposa é hijos, las ropas de las camas, los muebles, todo cuanto es indispensable y, sin embargo, insustituible por la falta de dinero.

Su hija, que en vez de cantar con alegría, como él se la había imaginado, sonreía tristemente, acudió al oírle toser para darle una medicina.

—¡Oh!—decía Pablo—. ¿Por qué no me habré muerto sin volver á contemplar este desgarrador cuadro de miseria? ¡Era tan dichoso con mi sueño!..

MIGUEL SÁNCHEZ DE LAS MATAS.



CARTA DEL HIJO AUSENTE

(FRAGMENTO)

En el gigante lienzo de la Historia, cada raza que llega y que se extiende al modo de las olas que en la playa, con la luz de su espíritu, pretende echar pujante y atrevida raya. Sucédense los pueblos y los pueblos como un río grandioso que sale de los siglos, y rodando hacia el común abismo tenebroso, va, con sus grandes hombres, señalando sus raggos en el lienzo prodigioso.

Esos signos valientes, son los vastos monumentos magníficos; en ellos las razas sintetizan su experiencia, su progreso sublime, sus peregrinas artes y su ciencia. Absortas, al mirarlos, las naciones, sienten nacer su emulación hrmosa, y abriendo de las propias ambiciones las recias alas de plumaje denso y fuerza valerosa, echar pretenden en el cuadro inmenso una raya más alta y portentosa.

**

La prole de Noé, terca, concibe del mismo Dios aventajar la altura, y comienza la torre formidable, la de Babel, que en los nublados toca en arrojo y firmeza incomparable, y que engastando roca sobre roca con ambicioso y desbocado anhelo, subir intenta á que le imponga el cielo castigo horrendo por su audacia loca. Se ordenan los sillares de la asombrosa fábrica, que emplea hombres á miles y sudor á mares.

Fuera de los alcances del diluvio quiere elevar la cima el pueblo osado para librarse de la dura muerte en la enérme atalaya refugiado, si Dios desata con su aliento fuerte las cataratas roncadas del nublado. Y llega á tal altura el monumento, que se pierde su masa formidable por las regiones áridas del viento, y parece la torre imponderable infinito pilar del firmamento. Nada hay que llegue hasta las nuevas huellas de Dios, que encierra la absoluta gracia, pero vence en impulso á las más bellas, torre que tiene la terrible audacia de agarrar con su punta las estrellas.

**

Vienen después los ricos babilonios y quieren construir cosa más grande, y del Eufrates alzan á la orilla la ciudad que aún deslumbró la memoria cúmulo de leyendas y prodigios, cúpula de la audacia y de la gloria, la ciudad de ciudades tan prestigiosa y colosal, que nunca vieron otra lo mismo las edades; la enorme Babilonia dividida en dos vastas entidades unidas por los lazos de sus puentes que se miraban en el amplio río, cuyo curso torció Ciro triunfante al imponer su arrojo y poderío á Baltasar, el rey agonizante. Sobre las recias inclitas murallas como anillo de cíclopes, podían, dispuestas para entrar en las batallas, de frente caminar y en son de guerra, seis cuadrigas con ímpetu tremendo, haciendo rudas retemblar la tierra con su bélico empuje y con su estruendo. Los jardires colgantes que, como manto espléndido, cubrían los palacios al sol centelleantes, y pudieran tomar por una flora hecha por Dios para ir entrelazada á las techumbres con sus verdes velos, como si viera la ciudad dorada por exclusiva y grande maravilla bajar la primavera de los cielos. Su tráfico incesante era como el horrisono hervidero y la creación de olas del Atlante; y á esa ciudad angusta y portentosa, pasmo de la retina aún deslumbrada, gloria á la vez que aterrador infierno, y cuya fama en bronce cincelada sobre los siglos llegará á lo eterno, entraban á rendir sus poderíos y su comercio espléndido y fecundo, como en el mar los caudalosos ríos todos los pueblos prósperos del mundo.

Salvador Rueda.